

THE HOT AFFAIRE:

Una cita inolvidable
Lina Galán



Lina Galán

The Hot Affaire: una cita inolvidable

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lina Galán, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020, 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: enero de 2022

Depósito legal: B. 19.064-2021

ISBN: 978-84-08-25170-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Si un hombre aspira a disfrutar de una buena compañía, ya sea para un evento, un viaje o una reunión de negocios, yo soy lo mejor que va a encontrar. Soy culta, hablo varias lenguas y tengo un físico atrayente para ellos, por lo que hago honor al nombre de la agencia para la que trabajo, The Hot Affaire: una cita inolvidable. Les ofrezco esa cita memorable porque, si además de mi eficiencia como *escort* requieren de algún momento de placer, también puedo satisfacerlos. Estas son mis credenciales: licenciada en Historia del Arte y en Empresariales, además de políglota, pues hablo cinco idiomas con fluidez; un metro setenta y siete de estatura, larga melena rubia, ojos verde claro y un sensual aire misterioso.

Ya lo he dicho. Soy la mejor.

Esta semana, por ejemplo, me he convertido en la acompañante de Ramón Cifuentes, un prestigioso empresario madrileño que, en la actualidad, está negociando una serie de pactos que, de materializarse, resultarán muy ventajosos para su gran compañía de construcción. El caso es que está intentando llegar a un acuerdo con varios empresarios suecos que parecen estar dispuestos a formar una alianza, siempre y cuando accedan a una buena inyección económica.

En estos momentos nos encontramos en una de las salas de reuniones privadas del lujoso hotel donde nos hospedamos Ramón y yo, el Lydmar, en Estocolmo, junto a los tres empresarios nórdicos y sus respectivas acompañantes, quienes, deduzco, han salido de agencias parecidas a The Hot Affaire. Además, he comprobado que los magnates, cincuentones todos ellos, han preferido mujeres de una edad similar a la mía, sobre los treinta años, igualmente cultas y bellas, a chicas más jóvenes pero con menos experiencia. Es lógico, porque lo que estos hombres buscan al contratar nuestros servicios no es más que hacer una demostración de poder, de superioridad, de glamur. Llevándonos a su lado, compiten de cierta forma entre ellos, porque representamos una muestra más de su poderío y su virilidad. Es algo arcaico, sí, pero aún perdura en el siglo XXI.

La reunión llega a su fin y nos despedimos, utilizando todos el inglés como lengua de comunicación. Luego, todos desaparecen y yo acompaño a Ramón hasta nuestra espectacular suite.

—Uf —suspira el constructor mientras se deja caer en uno de los sillones—, estoy cansado únicamente de aguantar tanta tensión. Malditos suecos... Me duelen las mandíbulas de tanto apretarlas y sonreír.

—Vamos, relájate —le digo mientras me coloco tras él y le quito la chaqueta y la corbata—. Te veo muy tenso.

Le desabrocho los primeros botones de la camisa, introduzco las manos bajo el cuello de la prenda y comienzo a masajear sus hombros y sus cervicales.

—La reunión ha ido muy bien, no te preocupes —añado a la vez que deslizo mis dedos por su piel—. Ya verás como serán incapaces de rechazar tamaña oferta.

Podemos parecer de adorno, pero no solo es eso. La prestigiosa agencia que me contrata ofrece chicas preparadas para poder mantener cualquier tipo de conversación e, incluso, ayudar a tomar decisiones determinantes.

—Eso espero —contesta con los ojos cerrados—. Oh, Patricia, qué maravilla. Tienes unas manos fantásticas...

Desabrocho, a continuación, todos los botones de su camisa para ir haciendo incursiones con mis manos hacia su velludo tórax y sus costados.

—Humm, sí, preciosa, sigue así... Haces que me olvide de cualquier preocupación cuando me tocas. Qué gran acierto ha sido traerte conmigo...

—Y yo encantada de estar aquí contigo —le susurro mis palabras al oído al tiempo que deslizo mis manos cada vez más abajo—. Sé exactamente lo que deseas en este momento, ¿verdad, cariño?

—Sí, por favor...

Todavía a su espalda, alargó los brazos hasta su cintura para abrir su pantalón y meter las manos bajo la tela de su calzoncillo. Agarro su grueso miembro, ya excitado, y comienzo a masajearlo con delicadeza pero con decisión.

—Oh, joder —jadea—, eres una auténtica maestra de los masajes con final feliz...

La verdad es que sí, lo soy. Me parece una buena manera de satisfacer a mi acompañante sin necesidad de tener que moverme mucho o fingir un par de orgasmos, algo que cada vez me da más pereza. Únicamente tengo que tocar y presionar en los puntos adecuados, unos cuantos susurros al oído, una pasada de lengua en su lóbulo...

—Será que tú me pones mucho, cariño.

No es que sea George Clooney, pero los he tenido peores. Cincuenta y dos años, con pelo, sin barriga y con clase. Es cierto que todos los clientes de la agencia vienen avalados por su nombre y su dinero, pero el atractivo físico es un rasgo que suele escasear. Lo mejor de ellos son sus modales. Saben que, si no se comportan con nosotras como deben, tenemos la sartén por el mango, porque suelen tener mujer y familia, a las que no les haría ninguna

gracia saber ciertos detalles. Es una relación de equilibrio: tú te comportas, yo también.

—Oh, sí, nena, ya estoy a punto...

Mueve sus caderas, eleva la cintura y, tras un estremecimiento que recorre su cuerpo, eyacula sobre su abdomen en medio de fuertes gemidos.

—¿Más relajado? —le pregunto cuando se tranquiliza.

—Humm, sí... Será mejor que me mueva y me dé una ducha. —Se levanta y se dirige al baño—. Te pediría que me acompañaras, pero debemos darnos prisa. Recuerda que esta noche tenemos invitados... y creo que le has gustado a uno de ellos, al tal Björn, el que parece más difícil de convencer.

Me tenso inmediatamente. Si hay algo que deteste de la compañía de estos hombres es el momento en el que le echan el ojo a la acompañante de otro. Y lo digo porque no es la primera vez que me pasa. Soy llamativa, algo que a veces lo siento como una suerte, y otras, como una maldición.

—Claro —contesto, sin embargo, al mismo tiempo que me acerco un estuche de toallitas húmedas para limpiarme las manos—. Estaré lista enseguida. Ese tipo acabará claudicando.

* * *

La fiesta se celebra en nuestra suite, pues tiene el tamaño suficiente como para albergar un encuentro entre cuatro parejas, además de comodidades de sobra y unas vistas impresionantes al palacio real y al puerto. Muy pronto nos encontramos alrededor de varias botellas de champán y toda clase de exquisiteces frías a base de salmón y quesos franceses.

—Patricia —Ramón se dirige a mí, con disimulo—,

Björn está muy interesado en ti, y a mí su pareja me pone bastante. Espero que seas complaciente.

—Por supuesto —le digo. Ya lo esperaba.

Mientras observo cómo Ramón se acerca a la acompañante del tipo y comienzan a reír y a besarse, las otras dos parejas ya se hallan sentadas en el amplio sofá, intercambiando igualmente besos y risas. Entonces Björn se me aproxima, acaricia mi pelo y me habla en un inglés con marcado acento nórdico. Sé lo que me espera a continuación y por un momento me dan ganas de soltarle que, si no fuera por nosotras, muchas veces sus negocios no llegarían a nada.

El hombre es algo mayor y más grueso que Ramón, con el pelo muy rubio y una sonrosada piel en casi todo su cuerpo, al menos el que tiene visible.

—Nuestro amigo de Madrid ha tenido suerte —me dice mientras me arrastra hacia la cama—. Con una acompañante como tú, no he podido concentrarme en otra cosa que no fuera mirarte.

«Ese es parte de mi cometido, guapo.»

—No tengo nada de especial —le comento con indiferencia—, y no me vayas a decir que te atraen las latinas o que se me nota que soy española: soy alta, rubia y de piel muy blanca, como la mayoría de las mujeres suecas.

—Sé que no eres la típica mujer mediterránea —replica—, pero tampoco eres como ellas. —Señala al resto de las chicas presentes, todas autóctonas.

Mientras me habla, empieza a besarme el cuello al tiempo que desliza hacia abajo los tirantes de mi vestido. Al momento, mis pechos quedan libres y comienza a besuquearlos a la vez que sus manos me despojan del resto de la ropa, y yo hago lo mismo con la suya. Cuanto antes acabemos, mejor... y por eso le facilito el trabajo y me coloco de rodillas sobre la cama, agarrándome al cabecero y ofreciéndole mi sexo en bandeja. Me cercioro de que se

coloca un preservativo y dejo que me penetre mientras dejo escapar un sonoro gemido.

Ya lo he dicho, soy buena en lo mío, así que también soy buena en esto. Este tipo, igual que todos, se emociona al comprobar que grito, que gimo, que me muevo, con lo que consigo acelerar su clímax.

Mientras me embiste, ha llegado el momento de pensar en mis cosas. Sonríe mentalmente al recordar aquellas novelas victorianas que describen cómo se instruía a las futuras esposas de aristócratas en el espinoso tema de la intimidad conyugal. «Tú abre las piernas y piensa en Inglaterra», les decían las mujeres ya casadas. Y eso voy a hacer yo, abrir las piernas, pero pensar en mí misma.

Mi sueño de ser la propietaria de un exclusivo hotel está empezando a tomar forma. El edificio histórico que adquiriré en Barcelona, en la montaña de Montjuic, poco a poco está siendo rehabilitado, pues ya dispongo de todos los permisos. Qué ganas de poseer algo mío, de no tener que aguantar miradas, sobones ni polvos indeseados para conseguir lo que quiero. Lo único que me faltaba era un aval, algo que estuvo dispuesto a concederme Héctor Lamarck, el rico empresario marido de mi amiga Sara.

—Oh, Patricia... —Ramón acaba de acceder al dormitorio en compañía de su chica sueca—. Qué morbo verte follar con otro...

El español se acerca al cabecero de la cama, busca mi boca y me besa mientras la otra mujer se arrodilla frente a él y se lleva su miembro a los labios. Mientras tanto, el tal Björn continúa embistiendo y yo no dejo de gemir y rotar las caderas...

Quien me viene a la mente ahora es, precisamente, mi amiga Sara, a la que lie sin darme cuenta de lo que hacía y a quien metí en la agencia. Suerte que en aquella época yo trabajaba para The Best Affaire, el otro grupo de la agencia, en el que no se exige sexo a las chicas de compañía.

Pero, aun así, me comporté de forma egoísta al atraerla hacia este sórdido mundo, puesto que lo único que yo buscaba era tenerla cerca. Ya le pedí perdón, pero me sigo sintiendo culpable por habérselo hecho pasar tan mal.

Afortunadamente, aquel lío le sirvió para conocer a Héctor Lamarck, el hombre que en la actualidad es su marido y que la ama con locura.

Por cierto, a mi vuelta de este viaje, como siempre hago, visitaré a mis padres y después a ella. Es algo que necesito, pasar con mi amiga mucho tiempo de charlas y de confidencias, aunque me arriesgue a alguno de sus sermones, a pesar de que no me juzga. Es la única amiga que he tenido en mi vida y lo mejor que me ha pasado en esta etapa tan oscura.

A todo esto, Ramón ha eyaculado en la boca de la chica y el sueco se ha corrido conmigo. En cuanto ambos caen desfallecidos sobre la cama, me quito de en medio, me meto en la ducha y no salgo de debajo del chorro de agua hasta que casi no puedo tenerme en pie porque me estoy quedando dormida.